

## PRIMERA PARTE: CAPÍTULO I

*Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo<sup>1</sup> don Quijote de la Mancha.*

En un lugar de la Mancha<sup>2</sup>, de cuyo nombre no quiero acordarme<sup>3</sup>, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor<sup>4</sup>. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches<sup>5</sup>, duelos y quebrantos los sábados<sup>6</sup>, lantejas los viernes<sup>7</sup>, algún palomino de añadidura los

---

<sup>1</sup> *condición* se refiere tanto a las circunstancias sociales como a la índole personal, y *ejercicio*, al modo en que ejercita o pone en práctica unas y otra el protagonista.

<sup>2</sup> *lugar*: no con el valor de ‘sitio o paraje’, sino como ‘localidad’ y en especial ‘pequeña entidad de población’, en nuestro caso situada concretamente en el Campo de Montiel, a caballo de las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete. Seguramente por azar, la frase coincide con el verso de un romance nuevo.

<sup>3</sup> ‘no voy, no llego a acordarme ahora’ (e incluso ‘no entro ahora en si me acuerdo o no’); *quiero* puede tener aquí valor de auxiliar, análogo al de *voy* o *llego* en las perífrasis equivalentes; en el desenlace, sin embargo, C. recupera el sentido propio del verbo: «cuyo lugar *no quiso* poner Cide Hamete puntualmente...» (II, 74). La indeterminación de ese comienzo, que tiene numerosos análogos en narraciones de corte popular, contrasta con los prolijos detalles con que se abren algunos libros de caballerías.

<sup>4</sup> *astillero*: ‘percha o estante para sostener las astas o lanzas’; *adarga*: ‘escudo ligero, de ante o cuero’; el *hidalgo* que no poseyera cuando menos un caballo —aunque fuera un *rocín* de mala raza y mala traza—, en teoría para servir al Rey cuando se le requiriera, decaía de hecho de su *condición*; el *galgo* se menciona especialmente en cuanto perro de caza. Nótese que la adarga, como sin duda la *lanza*, es *antigua*: son vestigios de una edad pasada, en el cuadro contemporáneo (*no ha mucho tiempo*) de la acción.

<sup>5</sup> La *olla* o ‘cocido’, de carne, tocino, verduras y legumbres, era el plato principal de la alimentación diaria (a menudo, para comer y para cenar). En una buena olla, había menos *vaca que carnero* (la vaca era un tercio más barata que el carnero). El *salpicón* se preparaba como fiambre con los restos de la carne de vaca, picada con cebolla y aderezada con vinagre, pimienta y sal.

<sup>6</sup> Los *duelos* y *quebrantos* eran un plato que no rompía la abstinencia de carnes selectas que en el reino de Castilla se observaba *los sábados*; podría tratarse de ‘huevos con tocino’.

domingos<sup>8</sup>, consumían las tres partes de su hacienda<sup>9</sup>. El resto della concluían sayo de velarte<sup>10</sup>, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo<sup>11</sup>, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino<sup>12</sup>. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera<sup>13</sup>. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años<sup>14</sup>. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro<sup>15</sup>, gran madrugador

---

<sup>7</sup> Como *los viernes* eran días de ayuno y abstinencia de carne, hay que suponer que las *lantejas* (la forma concurría con la moderna *lentejas*) serían en potaje, solo con ajo, cebolla y alguna hierba...

<sup>8</sup> Del *palomino de añadidura* (es decir, ‘más allá de lo regular’) se infiere que DQ poseía un palomar, privilegio tradicionalmente reservado a hidalgos y órdenes religiosas.

<sup>9</sup> ‘las tres cuartas partes de su renta’.

<sup>10</sup> *sayo*: ‘traje de hombre con falda, para vestir a cuerpo’, ya anticuado hacia 1600; *velarte*: ‘paño de abrigo’, negro o azul, de buena calidad.

<sup>11</sup> *calzas*: ‘prenda que cubría los muslos, compuesta por unas tiras verticales, un forro y un relleno’; *velludo*: ‘felpa o terciopelo’; los *pantuflos* eran un tipo de calzado que se ponía sobre otros zapatos. Nótese que *mesmo* (forma etimológica) alterna con *mismo* (por analogía con *mí*) a lo largo de toda la novela.

<sup>12</sup> *vellorí*: «paño entrefino de color pardo ceniciento» (*Autoridades*). Dentro de la obligada modestia, DQ viste con una pulcritud y un atildamiento muy estudiados, porque la conservación de su rango depende en buena parte de su apariencia.

<sup>13</sup> ‘un mozo para todo’ (si, como parece, debe entenderse ‘de plaza pública’, es decir, para preparar y acompañar al caballero cuando sale de casa).

<sup>14</sup> En los siglos XVI y XVII, la esperanza de vida al nacer se situaba entre los veinte y los treinta años; entre quienes superaban esa media, solo unos pocos, en torno al diez por ciento, morían después de los sesenta. En términos estadísticos, pues, DQ está en sus últimos años, y como «viejo», «enfermo» y «por la edad agobiado» lo ve su sobrina (II, 6).

<sup>15</sup> Era opinión común que la *complexión* o ‘constitución física’ estaba determinada por el equilibrio relativo de las cuatro cualidades elementales (seco, húmedo, frío y caliente), que, por otro lado, a la par que los cuatro humores constitutivos del cuerpo (sangre, flema, bilis amarilla o cólera, y bilis negra o melancolía), condicionaban el temperamento o manera de ser. La caracterización tradicional del individuo *colérico* coincidía

y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles<sup>16</sup> se deja entender que se llamaba «Quijana»<sup>17</sup>. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer<sup>18</sup>, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso

---

fundamentalmente con los datos físicos de DQ, quien, sobre ser *enjuto* y *seco*, tiene «piernas... muy largas y flacas», es «amarillo», «estirado y avellanado de miembros», y alardea de «la anchura ... de sus venas». A su vez, la versión de la teoría de los humores propuesta en el *Examen de ingenios* (1575), de Juan Huarte de San Juan, atribuía al colérico y melancólico unos rasgos de inventiva y singularidad con paralelos en nuestro *ingenioso* hidalgo.

<sup>16</sup> Forma etimológica de ‘verosímil’.

<sup>17</sup> «Unos *autores* opinan y se resuelven a afirmar (*quieren decir*) que el apellido (*sobrenombre*, que abarcaba también los valores de ‘apodo’ y ‘apelativo para complementar el nombre de pila’) era Quijada, otros que Quesada...». C. finge que en el caso pretendidamente real de DQ se da una divergencia de fuentes, como ocurría con las varias lecturas de un término que la filología de los humanistas enseñaba a zanjar, según se hace aquí, mediante el cotejo de textos y las hipótesis bien razonadas (*conjeturas verosímiles*).

<sup>18</sup> La *hanega* o *fanega* variaba entre media y una hectárea y media, según la calidad de la tierra; en la región de DQ, la extensión media de los campos *de sembradura* estaba en torno a las cinco fanegas. Los *libros de caballerías* eran regularmente gruesos infolios de alto costo (aunque se depreciaban mucho en el activo mercado de segunda mano): en 1556, en el inventario de un editor toledano, el *Palmerín*, el *Cristalián*, el *Cirongilio* y el *Florambel*, sin encuadernar, se valoraban, respectivamente, a 80, 136, 102 y 68 maravedíes cada uno (naturalmente, un comprador particular habría tenido que pagar el ejemplar a mayor precio); en ese mismo año, medio kilo de carne de vaca costaba en la región algo más de 8 maravedíes, y otro tanto de carnero, unos 15.

Feliciano de Silva<sup>19</sup>, porque la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos<sup>20</sup>, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura»<sup>21</sup>. Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...»<sup>22</sup>

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales<sup>23</sup>. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete<sup>24</sup>; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello<sup>25</sup>, si

---

<sup>19</sup> Autor de una *Segunda Celestina* (1534) y de varias populares continuaciones del *Amadís* (*Lisuarte de Grecia*, 1514; *Amadís de Grecia*, 1530; *Florisel de Niquea*, 1532), a menudo recordadas en el *Q*.

<sup>20</sup> Las *cartas de desafíos*, en que los caballeros que se proponían trabar combate exponían los motivos y «las condiciones del desafío» (II, 65), constituían un género tan común en la realidad como en la literatura.

<sup>21</sup> La cita no es literal, pero sí tan representativa de la escasa *claridad* y las intrincadas (*entricadas*) cláusulas de Silva, que coincide incluso con una parodia que se les había dedicado ya en el siglo XVI: «la razón de la razón que tan sin razón por razón de ser vuestro tengo para alabar vuestro libro...»

<sup>22</sup> Tampoco es cita a la letra. El tratamiento de *vuestra grandeza* se usaba en la realidad y reaparece varias veces más adelante.

<sup>23</sup> *maestros*: ‘cirujanos’ (equivale al más vulgar *maese* luego usado para el *barbero*). Solo en los dos primeros libros de la *Historia de Belianís de Grecia*, de Jerónimo Fernández, «se cuentan ciento y una heridas graves» (Clemencín). DQ no acaba de sentirse satisfecho (*no estaba muy bien*) con las explicaciones que en la obra se dan.

<sup>24</sup> ‘cumpliendo *al pie de la letra* lo que allí se promete’.

otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Cigüenza—<sup>26</sup> sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula<sup>27</sup>; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo<sup>28</sup>, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga<sup>29</sup>.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro<sup>30</sup>, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio<sup>31</sup>. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad

---

<sup>25</sup> ‘hubiera porfiado hasta lograr su propósito’, de acuerdo con el gusto literario y las dotes para la escritura que DQ seguirá testimoniando.

<sup>26</sup> A un *graduado* en la pequeña universidad de Cigüenza (‘Sigüenza’), a la que la cercana Alcalá dejaba con poquísimos estudiantes, no se le llamaba normalmente *hombre docto* sin un cierto retintín.

<sup>27</sup> La *competencia* o ‘debate’ sobre cuál de dos héroes era superior al otro (Alejandro o Aníbal, César o Escipión, etc.) constituía un clásico ejercicio y motivo retórico, que aquí opone al celeberrimo Amadís y al protagonista de *Palmerín*, novela editada en castellano una sola vez .

<sup>28</sup> *maese* era tratamiento propio (pero no exclusivo) de los barberos que practicaban también pequeñas curas médicas.

<sup>29</sup> La propia Oriana llegaba a estar «sañuda porque viera a Amadís llorar» (I, 17).

<sup>30</sup> *de claro en claro*: ‘de una vez’, fórmula lexicalizada.

<sup>31</sup> La medicina de raíz galénica consideraba *el poco dormir* una de las causas de que disminuyera la humedad del *cerebro* (el cultismo *cerebro*, ya usado en tiempos de C., se generalizó solo más tarde) y, por ahí, se potenciara la imaginación y fuera fácil caer «en manía, que es una destemplanza caliente y seca del cerebro» (Huarte de San Juan). Por eso DQ bebía «un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado» (I, 5).

toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía<sup>32</sup>, que para él no había otra historia más cierta en el mundo<sup>33</sup>. Decía él que el Cid Ruy Díaz<sup>34</sup> había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés<sup>35</sup> había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes [...]. En efeto, rematado ya su juicio<sup>36</sup>, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo<sup>37</sup>, y fue que le pareció conveniente y necesario<sup>38</sup>, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república<sup>39</sup>, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones<sup>40</sup> y peligros donde, acabándolos<sup>41</sup>, cobrase eterno nombre y

---

<sup>32</sup> La *fantasía*, que ilumina las imágenes procedentes del exterior, se distinguía con frecuencia de la *imaginación*, encargada de reelaborarlas y crear otras sin correspondencia en la realidad, e incluso de engendrar una *máquina* o ‘multitud caótica’ de quimeras y *soñadas invenciones*, como los mismos sueños.

<sup>33</sup> Es ese el dato esencial en la locura de DQ: dar por *historia ... cierta* el contenido de los libros de caballerías y, por ahí, ver la realidad «al modo de lo que había leído» (I, 2).

<sup>34</sup> Téngase en cuenta que la imagen del Cid difundida en la época de C. tenía menos elementos históricos que legendarios, y aun muchos tan fantásticos como las hazañas de Amadís de Grecia, el Caballero de la Ardiente Espada (porque la llevaba estampada en el pecho); y nótese, por otra parte, que las historias del uno y del otro se narraban en libros con el título de *crónica*.

<sup>35</sup> El *revés* es un ‘tajo de izquierda a derecha’.

<sup>36</sup> *rematado*: ‘consumido’. DQ está, pues, loco *de remate*.

<sup>37</sup> No obstante, hay noticia de más de un personaje, real literario, víctima de una locura similar a la de DQ, y son relativamente comunes las anécdotas sobre aficionados al género (como el ventero Palomeque: I, 32) que tomaban por reales los libros de caballerías.

<sup>38</sup> *conveniente y necesario*: probablemente evoca el «*dignum et iustum est*» del Prefacio de la Misa.

<sup>39</sup> *república*: en su sentido clásico de ‘cuerpo político de los ciudadanos, la nación’.

<sup>40</sup> *ocasiones*: ‘trances, lances’;

fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda<sup>42</sup>; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño<sup>43</sup> gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos<sup>44</sup> siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada<sup>45</sup> de encaje, sino morrión simple<sup>46</sup>; mas a esto suplió su industria<sup>47</sup>, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera<sup>48</sup>. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada<sup>49</sup>, sacó su espada<sup>50</sup> y le dio dos golpes<sup>51</sup>, y con el primero y en un punto deshizo

---

<sup>41</sup> *acabándolos*: ‘llevándolos a cabo’.

<sup>42</sup> Como lo fue Reinaldos de Montalbán.

<sup>43</sup> *extraño*: puede valer aquí ‘singular, notable’.

<sup>44</sup> *luengos*: largos, muchos siglos

<sup>45</sup> *celada*: ‘casco semiesférico que cubría toda la cabeza, la nuca y, de llevar visera, también la cara’, propio de caballeros; era *de encaje*, cuando, mediante una pieza ancha o falda, encajaba directamente sobre la coraza, sin necesidad de gola.

<sup>46</sup> *morrión*: ‘casco acampanado’, propio de arcabuceros, y en nuestro caso *simple*, o sea, liso y con un mero reborde, sin los adornos habituales.

<sup>47</sup> ‘habilidad, maña, sagacidad’.

<sup>48</sup> *encajada con el morrión*, por arriba, y, por abajo, con la gola metálica que defiende el cuello; complementada con una «visera de papelón» o cartón, y unido todo por unas «cintas verdes» (I, 2, 50 y 52).

<sup>49</sup> ‘golpe de tajo’, no de punta.

<sup>50</sup> «La *espada* hubo de ser la que usaba de diario con su traje civil, según la costumbre de todos los hidalgos» (E. de Leguina); es la única nota contemporánea en el arcaico armamento de DQ.

lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro<sup>52</sup>, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín<sup>53</sup>, y aunque tenía más cuartos que un real<sup>54</sup> y más tachas que el caballo de Gonela, que «tantum pellis et ossa fuit»<sup>55</sup>, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría<sup>56</sup>; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido<sup>57</sup>; y así procuraba acomodársele, de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba<sup>58</sup>; y así, después de muchos nombres

---

<sup>51</sup> Los caballeros acostumbraban a probar mediante golpes de su espada las armas defensivas que debían llevar a combate.

<sup>52</sup> *asegurarse*: ‘resguardarse’.

<sup>53</sup> Caballo de mala traza, basto y de poca alzada.

<sup>54</sup> *cuartos*: ‘enfermedad de las caballerías’ y también ‘monedas de ínfimo valor’.

<sup>55</sup> ‘era solo piel y huesos’, según un epigrama de Teófilo Folengo, inspirado en una sugerencia de Plauto (*Aulularia*); *Gonela* fue un bufón de la corte de los duques de Ferrara.

<sup>56</sup> DQ no redacta la continuación de *Don Belianís*, pero elabora su vida imaginaria igual que si compusiera un libro de caballerías (I, 2); así, «como un escritor enterado, piensa mucho antes de elegir los nombres»

<sup>57</sup> La literatura caballeresca española, en la tradición medieval, suele dar a los personajes nombres significativos («*Amadís*», «*Palmerín*», etc.), pero solo por excepción se los concede a los caballos, según ocurre, en cambio, en la italiana.



que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación<sup>59</sup>, al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo<sup>60</sup>.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»<sup>61</sup>; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar «Quijada», y no «Quesada», como otros quisieron decir<sup>62</sup>. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas<sup>63</sup>, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó «Amadís de Gaula»<sup>64</sup>, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

---

<sup>58</sup> La caballería era la *orden* militar por excelencia y exigía *profesar* o hacer *profesión* en ella mediante unos ciertos votos.

<sup>59</sup> La *imaginación* se consideraba a menudo antesala de la *memoria* y suministradora de las imágenes al *entendimiento*.

<sup>60</sup> *primero* se usaba con la misma función adverbial que *antes* («tornó a pasearse con el mismo reposo que primero», I, 3), y a su vez *ante* o *antes* también podía emplearse sustantivado con el valor de ‘aperitivo’ o ‘primer plato’.

<sup>61</sup> Los hidalgos no tenían derecho al tratamiento de *don*, cuya utilización es bastante frecuente en los libros de caballerías (aunque no en los títulos) y propia de la clase social de los caballeros en la época de DQ (II, 1 y 6). En la armadura, el quijote era la pieza (no usada por nuestro hidalgo) que protegía el muslo; por otro lado, el nombre evoca a uno de los máximos héroes de la tradición artúrica, «Lanzarote» (I, 2), mientras el sufijo *-ote*, que suele aparecer en términos grotescos o jocosos (I, 26, 30), se había aplicado ya, en el *Primaleón* y en fiestas caballerescas reales, a un hidalgo ridículo, «Camilote».

<sup>62</sup> Entiéndase: ‘tomaron ocasión para inferir que sin duda...’.

<sup>63</sup> Es decir, ‘no se había contentado con sólo llamarse...’.

<sup>64</sup> *Gaula* era un reino imaginario situado «en la pequeña Bretaña».

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo<sup>65</sup>, se dio a entender<sup>66</sup> que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma<sup>67</sup>. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados<sup>68</sup>, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro<sup>69</sup>, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente<sup>70</sup>, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado<sup>71</sup>, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora<sup>72</sup>, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania<sup>73</sup>, a quien venció en singular batalla<sup>74</sup> el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó

---

<sup>65</sup> Al recibir el sacramento de la confirmación —que antaño se entendía en términos afines a ser armado caballero y «darnos Dios armas e instruirnos en el uso dellas para pelear y defendernos» (Bartolomé Carranza)—, se puede cambiar de nombre.

<sup>66</sup> *darse a entender* ‘convencerse, parecerle a uno, creer’ convive en la lengua de la época con *dar a entender* ‘explicar’ e ‘insinuar’.

<sup>67</sup> Fórmula en términos bíblicos un lugar común caballeresco: “Perché ogni cavalier ch'è senza amore / se in vista è vivo, è vivo senza core”

<sup>68</sup> ‘por mis graves culpas, por mi desgracia’.

<sup>69</sup> ‘acometida, golpe’.

<sup>70</sup> ‘en definitiva, a fin de cuentas’. Es voz favorita de C.

<sup>71</sup> ‘para que se presente a ella’, en el sentido del *presentase* de unas líneas más abajo. Pero *presentado* también puede entenderse ‘como presente, como obsequio’.

<sup>72</sup> *señora*, porque la relación entre el caballero y su dama se concebía como el vínculo feudal entre el vasallo y su señor.

<sup>73</sup> Nombres sugeridos, al parecer, por *malandrín* ‘malvado’ y *caraculo* ‘cariancho’; *ínsula*, y no *isla*, según el arcaísmo propio de los libros de caballerías.

<sup>74</sup> *singular*: ‘de un solo caballero contra otro’ (no de varios contra varios), en el sentido técnico con que el adjetivo se usaba en los combates caballerescos.

que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?<sup>75</sup>

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello<sup>76</sup>. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto<sup>77</sup>.

---

<sup>75</sup> Juega con *merced* y *grandeza* en su valor propio y como términos de tratamiento

<sup>76</sup> ‘ni ella se lo dio a catar, le dio cata o prueba de su *buen parecer*’, dicho en tono de picardía, o bien ‘ni él le dio muestra de ello’; pero el sentido de la frase no es seguro.

<sup>77</sup> Frente al real *Aldonza*, que entonces sonaba a rústico (“A falta de moza, buena es Aldonza”, decía un refrán), DQ llama *Dulcinea* a la hija de *Lorenzo Corchuelo* (I, 25), porque desde antiguo *Aldonza* se había asociado con otro nombre de mujer, *Dulce*, y porque la terminación *-ea*, presente en los de heroínas literarias tan prestigiosas como *Melibea* y *Clariclea*, tenía un regusto *peregrino* o ‘inusitado, exquisito’ (I, 2).